

*esta verdad es amarga y desagradable (...) pero (...) un día resultará útil en la creación de lo que ha de venir».*

La traductora, buena conocedora del griego, acaba de verter al castellano con idéntica fortuna la *Trilogía* de V. Vasilicós, en la misma editorial, que está haciendo un notable esfuerzo por ampliar la presencia de obras de la literatura griega actual en lengua castellana. A ella se debe tanto la inclusión de los Anexos finales, con textos que el propio autor no había incluido en su edición reelaborada, -la mayoría artículos de su actividad como corresponsal-, así como las citas de autores españoles que Kasantsakis utilizaba muy libremente, adaptándolas a sus necesidades: parafraseando o comentando, o incluso sintetizando en una ideas que había leído en libros diferentes. Cabe señalar que la mayoría de estas obras no estaban traducidas al griego y por tanto Kasantsakis las manejaba en su lengua original, y en ellas se puede comprobar la magnitud de sus conocimientos de la literatura castellana: el romancero, Góngora, Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, fray Luis, Calderón, Ganivet, Joaquín Costa, Machado, Gerardo Diego, Altolaguirre, Juan Ramón, Salinas, además de, por supuesto, Unamuno y Lorca.

Un libro imprescindible, pues, para conocer mejor y desde otra perspectiva no sólo la fascinante personalidad de Nikos Kasantsakis, sino incluso para ahondar en nuestras propias raíces culturales e históricas desde los ojos de un extranjero muy poco ajeno, que nos conoció, nos amó y observó con profunda simpatía (en sentido etimológico) y afortunadamente dejó para la posteridad sus certeras y sabias reflexiones. Una mirada a nuestro pasado reciente que puede descubrirnos otra mirada.

AMOR LÓPEZ JIMENO

Yorgos Ioanu, *El sarcófago*, trad. esp. Amor López - Elisa Ibáñez y Román Bermejo, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1998, 258 pp. ISBN 84-7762-829-7.

Como epílogo a las celebraciones de la capitalidad cultural europea de Tesalónica en 1997, aparece ahora este libro, primera traducción al castellano<sup>28</sup> de la obra de uno de los autores más significativos de la llamada «Escuela de Tesalónica», Yorgos Ioanu, pero menos familiar para el público hispanohablante que su coetáneo Vasilicós, perteneciente a la misma Escuela y conocido internacionalmente por su novela *Z*, llevada al cine por C. Gavras. Publicada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, gracias a una Ayuda a la Traducción concedida por el Ministerio de Cultura de la República de Grecia, es el estupendo resultado de la fructífera colaboración entre los tres traductores, Amor López, Elisa Ibáñez y Román Bermejo, todos

<sup>28</sup> A excepción de un relato publicado por una de las traductoras, A. López Jimeno, «Un relato de Yorgos Ioanu (1927-1985): «+ 13-12-43», de la colección *Por amor propio* (Για ένα φίλότιμο, 1964)» en *Fortunatae*, 11, 1998.

ellos helenistas en el sentido más amplio, es decir, especialistas en griego tanto clásico como moderno, que han logrado algo difícil de conseguir en estos casos, presentar una traducción homogénea y sin fisuras.

*El sarcófago* (1971), que recoge 29 relatos, es una de las obras capitales del autor, considerado el introductor en Grecia del género del relato breve, a caballo entre la narración y el ensayo, que él mismo denominó πεζογραφήματα: «relatos» o «prosas». Poeta, ensayista, filólogo, profesor y etnógrafo, Ioanu es, sin duda, una de las figuras clave en el panorama literario de la Grecia de posguerra. Tradujo muchas obras del griego clásico al moderno, y se esforzó en recuperar la tradición popular griega, como las «canciones populares» (δημοτικά τραγούδια), los cuentos, o el Karanguiosis (famoso teatro de sombras muy popular), que recopiló y comentó en excelentes ediciones.

Sus relatos, género al que se dedicó con mayor éxito, se caracterizan por un tono muy personal, falsamente autobiográfico —recurre a la narración en primera persona—, con una fina y ácida ironía, casi siempre con el trasfondo de la ciudad de Salónica. Es en esta ciudad donde desarrolló la mayor parte de su actividad creadora y supo reflejarla magistralmente en su obra, con trazos breves y certeros. En la traducción que ahora sale a la luz sentimos palpar una ciudad muy viva, la Tesalónica de la ocupación y de la posguerra, poblada de gentes variopintas que luchan por sobrevivir a la guerra, las hambrunas, la muerte y el exilio, con ingenio y dignidad. Ioanu dirige su mirada con especial simpatía a los personajes más débiles o desfavorecidos: los judíos, los mendigos, los niños, las putas, los trabajadores, los estibadores del puerto, los campesinos que bajan a la ciudad en busca de mejor fortuna. Pese a las duras condiciones de vida de aquellos años, Ioanu parece añorar aquella Tesalónica «de provincias», más humana, más entrañable, ante la incomunicación y aislamiento a que obliga la vida moderna en la gran ciudad. Este aislamiento y soledad es otro de los rasgos característicos del autor y a menudo se lamenta de ello, como se ve en relatos como *El ficus*, *Elogio de las motocicletas* o *Sitiado por perros* en esta colección. Las circunstancias terribles de la ocupación se dejan traslucir, directa o indirectamente, en *La leche*, *La cama*, *La sirena*, *El billete de 500*, *Las cabezas*, *Los baños portuarios* o «*Declaro por mi honor*».

En otros, como *Los chillidos*, *Los motes*, *Cómo fue aniquilado Tamanakias*, cuenta anécdotas aparentemente intrascendentes de su infancia o de su «destierro» como profesor en pueblos perdidos de «la idílica campiña griega», como la describe irónicamente. En esta línea autobiográfica se sitúan también *La matrícula*, *El olor a tierra*, *El Duque de Espruque*. Una serie, como se ve, heterogénea en cuanto a los temas y contenidos pero que mantiene una unidad interna sustancial.

Los relatos son por lo general muy breves y reflejan bien el estilo peculiar del autor, que con tanta fidelidad han sabido reproducir los traductores, quienes ponen de manifiesto no sólo su excelente competencia en la lengua de Ioanu - adquirida, sin duda, sobre la sólida base de su conocimiento del griego clásico-, sino su sensibilidad y capacidad de recreación lingüística y literaria en castellano. En efecto, Ioanu se muestra desde el principio a través de frases concisas, a veces salpicadas de anacolutos y expresiones populares, ensambladas en un tono confidencial que apela a la complicidad del lector, todo ello impregnado de ironía, que a veces oculta la melancolía y

la exacerbada sensibilidad del autor. El pesimismo que en ocasiones lo domina es fácilmente comprensible en las circunstancias de su generación. Pero, como dice uno de los traductores (R. Bermejo) en su introducción «*el relato El sarcófago —que da título a la colección— es uno de los pocos en que asoman valores positivos: el amor y la espontaneidad que convierten un sarcófago antiguo en un hermoso nicho amoroso frente a la civilización que lo vuelve a convertir en una urna carni-(sarco-)-vora(-fagos)*».

Al texto han añadido los traductores una breve introducción, algunos datos sobre la biografía y la obra de Ioanu, y un buen número de notas, quizás inusual en las traducciones pero que son muy de agradecer, ya que, sin entorpecer en ningún momento el curso de la lectura —están seleccionadas las justas—, facilitan constantemente la comprensión del contenido a cualquier lector no demasiado familiarizado con la Grecia contemporánea, pues, en efecto, a través de esta treintena de relatos se puede hacer un recorrido lúcido por este siglo XX que toca a su fin, en una Grecia que ha vivido circunstancias históricas muy difíciles y trágicas pero que en sus gentes, en las situaciones cotidianas, en las descripciones frescas que hace Ioanu, nos recuerdan poderosamente nuestro propio mundo.

Mérito de los traductores, en definitiva, es que han puesto sobre las manos del lector hispanohablante un libro de lectura interesante y ameno, accesible a cualquiera, que podrá comprobar por sí mismo cómo esta selección de relatos de Ioanu —por algo una de sus obras principales— le acompañará inevitablemente hasta que haya concluido su lectura con verdadero deleite.

HENAR ZAMORA SALAMANCA

Pierre-François Mourier, *Cicéron. L'avocat et la République*, Editions Michalons, París, 1996, 124 pp.

*Nous ne saurons jamais quelle fut la couleur des yeux de Marcus Tullius Cicéron.* Esta singular frase encabeza la breve monografía que P.F. Mourier, profesor de latín en la Universidad de Lila, escribe sobre el «inventor del oficio de abogado», Cicerón, incluida en la colección «Le bien commun», que dirige el magistrado Antoine Garapon.

Se trata de un trabajo realizado sin grandes pretensiones científicas, libre del bagaje de la erudición, destinado al gran público más que a los especialistas. Pero el modo de plantear el tema y las atinadas observaciones hacen que resulte un libro muy sugerente y atractivo para todo tipo de lectores, a lo que contribuyen también las curiosas referencias a temas y personajes más o menos actuales: v.gr. Alain Juppé y Jacques Chirac (pág. 11), la anglofilia de Stendhal (p. 27), el proceso de O.J. Simpson (p. 29), la atmósfera de Berlín en los años '30 (p. 71) o el Bronx neoyorquino de hoy día (p. 117).